

El viajero

Fría, glacial era la noche. El viento silbaba medroso y airado, la lluvia caía tenaz, ya en ráfagas, ya en fuertes chaparrones; y las dos o tres veces que Marta se había atrevido a acercarse a su ventana por ver si aplacaba la tempestad, la deslumbró la cárdena luz de un relámpago y la horrorizó el rimbombar del trueno, tan encima de su cabeza, que parecía echar abajo la casa.

Al punto en que con más furia se desencadenaban los elementos, oyó Marta distintamente que llamaban a su puerta, y percibió un acento plañidero y apremiante que la instaba a abrir. Sin duda que la prudencia aconsejaba a Marta desoírlo, pues en noche tan espantosa, cuando ningún vecino honrado se atreve a echarse a la calle, sólo los malhechores y los perdidos libertinos son capaces de arrostrar viento y lluvia en busca de aventuras y presa. Marta debió de haber reflexionado que el que posee un hogar, fuego en él, y a su lado una madre, una hermana, una esposa que le consuele, no sale en el mes de enero y con una tormenta desatada, ni llama a puertas ajenas, ni turba la tranquilidad de las doncellas honestas y recogidas. Mas la reflexión, persona dignísima y muy señora mía, tiene el maldito vicio de llegar retrasada, por lo cual sólo sirve para amargar gustos y adobar remordimientos. La reflexión de Marta se había quedado zaguera, según costumbre, y el impulso de la piedad, el primero que salta en el corazón de la mujer, hizo que la doncella, al través del postigo, preguntase compadecida:

-¿Quién llama?

Voz de tenor dulce y vibrante respondió en tono persuasivo:

-Un viajero.

Y la bienaventurada de Marta, sin meterse en más averiguaciones, quitó la tranca, recorrió el cerrojo y dio vuelta a la llave, movida por el encanto de aquella voz tan vibrante y tan dulce.

Entró el viajero, saludando cortésmente; y sacudiendo con gentil desembarazo el chambergo, cuyas plumas goteaban, y desembozándose la capa, empapada por la lluvia, agradeció la hospitalidad y tomó asiento cerca de la lumbre, bien encendida por Marta. Esta apenas se atrevía a mirarle, porque en aquel punto la consabida tardía reflexión empezaba a hacer de las suyas, y Marta comprendía que dar asilo al primero que llama es ligereza notoria. Con todo, aun sin decidirse a levantar los ojos, vio de soslayo que su huésped era mozo y de buen talle, descolorido, rubio, cara linda y triste, aire de señor, acostumbrado al mando y a ocupar alto puesto. Sintióse Marta encogida y llena de confusión, aunque el viajero se mostraba reconocido y le decía cosas halagüeñas, que por el hechizo de la voz lo parecían más; y a fin de disimular su turbación, se dio prisa a servir la cena y ofrecer al viajero el mejor cuarto de la casa, donde se recogiese a dormir.

Asustada de su propia indiscreta conducta, Marta no pudo conciliar el sueño en toda la noche, esperando con impaciencia que rayase el alba para que se ausentase el huésped. Y sucedió que éste, cuando bajó, ya descansado y sonriente, a tomar el desayuno, nada habló de marcharse, ni tampoco a la hora de comer, ni menos por la tarde; y Marta, entretenida y embelesada con su labia y sus paliques, no tuvo valor para decirle que ella no era mesonera de oficio.

Corrieron semanas, pasaron meses, y en casa de Marta no había más dueño ni más amo que aquel viajero a quien en una noche tempestuosa tuvo la imprevisión de acoger. Él mandaba, y Marta obedecía, sumisa, muda, veloz como el pensamiento.

No creáis por eso que Marta era propiamente feliz. Al contrario, vivía en continua zozobra y pena. He calificado de amo al viajero, y tirano debí llamarle, pues sus caprichos despóticos y su inconstante humor traían a Marta medio loca. Al principio, el viajero parecía obediente, afectuoso, zalamero, humilde; pero fue creciéndose y tomando fueros, hasta no haber quien le soportase. Lo peor de todo era que nunca podía Marta adivinarle el deseo ni precaverle la desazón: sin motivo ni causa, cuando menos debía temerse o esperarse, estaba frenético o contentísimo, pasando, en menos que se dice, del enojo al halago y de la risa a la rabia. Padeecía arrebatos de furor y berrinches injustos e insensatos, que a los dos minutos se convertían en transportes de cariño y en placideces angelicales; ya se emperraba como un chico, ya se desesperaba como un hombre; ya hartaba a Marta de improperios, ya le prodigaba los nombres más dulces y las ternezas más rendidas.

Sus extravagancias eran a veces tan insufribles, que Marta, con los nervios de punta, el alma de través y el corazón a dos dedos de la boca, maldecía el fatal momento en que dio acogida a su terrible huésped. Lo malo es que cuando justamente Marta, apurada la paciencia, iba a saltar y a sacudir el yugo, no parece sino que él lo adivinaba, y pedía perdón con una sinceridad y una gracia de chiquillo, por lo cual Marta no sólo olvidaba instantáneamente sus agravios, sino que, por el exquisito goce de perdonar, sufriría tres veces las pasadas desazones.

¡Que en olvido las tenía puestas.... cuando el huésped, a medias palabras y con precauciones y rodeos, anunció que «ya» había llegado la ocasión de su partida! Marta se quedó de mármol, y las lágrimas lentas que le arrancó la desesperación cayeron sobre las manos del viajero, que sonreía tristemente y murmuraba en voz baja frasecitas consoladoras, promesas de escribir, de volver, de recordar. Y como Marta, en su amargura, balbucía reproches, el huésped, con aquella voz de tenor dulce y vibrante, alegó por vía de disculpa:

-Bien te dije, niña que soy un viajero. Me detengo, pero no me estaciono; me poso, no me fijo.

Y habéis de saber que sólo al oír esta declaración franca, sólo al sentir que se desgarraban las fibras más íntimas de su ser, conoció la inocentona de Marta que

aquel fatal viajero era el Amor, y que había abierto la puerta, sin pensarlo, al dictador cruelísimo del orbe.

Sin hacer caso del llanto de Marta (¡para atender a lagrimitas está él!), sin cuidarse del rastro de pena inextinguible que dejaba en pos de sí, el Amor se fue, embozado en su capa, ladeado el chambergo -cuyas plumas, secas ya, se rizaban y flotaban al viento bizarramente- en busca de nuevos horizontes, a llamar a otras puertas mejor trancadas y defendidas. Y Marta quedó tranquila, dueña de su hogar, libre de sustos, de temores, de alarmas, y entregada a la compañía de la grave y excelente reflexión, que tan bien aconseja, aunque un poquillo tarde. No sabemos lo que habrán platicado; sólo tenemos noticias ciertas de que las noches de tempestad furiosa, cuando el viento silba y la lluvia se estrella contra los vidrios, Marta, apoyando la mano sobre su corazón, que le duele a fuerza de latir apresurado, no cesa de prestar oído, por si llama a la puerta el huésped.

(Luis López Nieves)

SÍNDROME DE DESLUMBRAMIENTO O DE LA PASION Y AMOR CAÓTICO

Deslumbramiento, según el diccionario significa "seducir, encantar, fascinar...dejarse fascinar o seducir".

El presbítero o religioso(a) establece una *relación social* con otra persona (parroquiana, agente de pastoral, profesor/a, alumno/a, etc.). Los contactos frecuentes, necesarios para el desarrollo de actividades comunes, facilitan una relación que, progresivamente, *se va haciendo más cercana*. En esta fase la relación es pública.

Estando las dos partes implícitamente de acuerdo, se buscan encuentros a solas, justificándolos como necesarios para desarrollar el trabajo, o, entonces, como manifestaciones de amistad, ayuda y apoyo, como pasatiempo y descanso... La relación avanza, progresivamente, hacia una comunicación más centrada en las personas y contactos físicos más estrechos y frecuentes, que suponen un contacto sexual superficial y se consideran manifestaciones de afecto que fortalecen la unión y originan una adecuada satisfacción. Todo ello indicando que, en este momento, existe una fuerte atracción física mutua y comienza a despuntar la pasión.

En una siguiente fase se propicia la declaración amorosa de una de las dos partes y (o) la invitación a una relación más profunda. Habitualmente, se

señala *la relación sexual sin compromiso* y sin mayores pretensiones que la satisfacción sexual y la manifestación de afecto. En esta fase se define, en gran parte, el futuro de la relación y la entrada o no en el corazón del síndrome de deslumbramiento, dependiendo de:

1.- Si el religioso **toma conciencia** de su situación, es decir, de su fuerte inclinación sexual por su pareja aliada a intensos deseos de estar en contacto con ella, de verla, de oírla, tocarla, hablarle, sentirla y ser correspondido por ella. Y toma conciencia de su opción de vida religiosa y(o) presbiteral, restableciendo su jerarquía de valores e *integrando el valor de la relación con su pareja en el lugar que le corresponde.*

2.- Si el religioso **continúa ignorando** su opción religiosa (vital) y cultiva la relación, dentro de un clima sexual y afectivo que pasa a comprometer intensamente su persona y su vida.

En el caso de que se incline por la *segunda alternativa*, poco a poco va a sentir el peso de llevar una vida doble, dividido entre dos realidades que apuntan a metas dispares. Quedando inmóvil en su posición, el conflicto se intensifica provocando angustia, tristeza, confusión, devaluación de si mismo, pérdida progresiva del ideal religioso. Pasará a confrontarse entonces con *dos posibilidades* para disminuir la angustia y resolver el conflicto interno y externo:

a.- Dejar la congregación y/o el ministerio asumiendo la relación amorosa.

b.- Reasumir la consagración y/o el ministerio abandonando la relación amorosa.

En el caso de que escoja la segunda alternativa y permanezca en las mismas condiciones ambientales, ocurre frecuentemente que, *se corta la relación sexual pero se continúa el contacto con la persona amada* y, simultáneamente, se intensifica el trabajo y la oración y se procura la compañía de otras personas. Se piensa que, de ese modo, se podrá trabajar y reconstruir fácilmente, sin necesidad de consultar con alguien que pueda ayudarle.

El sacerdote o religioso permanece *dividido entre su vocación* - que ahora no consigue vivirla con la misma intensidad que anteriormente, con dedicación plena, tranquilidad interior, sin dudas vocacionales - *y la persona objeto de su amor* que le reporta fantasías, deseos, sueños de realización.

Mientras, la vocación pasa a tener una connotación de retención, de impedimento, de negatividad, la persona amada se reviste de libertad, satisfacción, positividad.

Se intensifica el deslumbramiento, esto es, la persona no consigue iluminarse, percibir su realidad como persona consagrada, y visualizar la realidad social de su entorno. Su visión se estrecha y se concentra en la situación presente, de manera confusa y obsesiva. Para la persona, sumergida en un círculo alrededor de sí misma, existen únicamente dos individuos: la persona amada y ella misma.

En esta fase, la autoestima es baja, la angustia creciente, la relación con las personas falsa y disfrazada, el contacto con Dios se interrumpe. Además, existen fuertes resistencias que le impiden visualizarse, confrontarse y retomarse.

Presionado por el conflicto y la angustia, deslumbrada por la pasión, *la persona tiende a tomar decisiones apresuradas y contrarias a su propia historia.* El desenlace del síndrome es la salida de la congregación y/o el abandono del ministerio. Sólo más tarde, cuando el deslumbramiento se deshace, la pasión cesa, percibe que *el amor tenía un brillo excesivo, que el camino de vuelta prácticamente no existe y que él es el responsable.*

La frecuencia de este síndrome va en aumento en nuestra sociedad, donde el sacerdote y el religioso son puestos a prueba, verificándose su madurez afectiva y vocacional y la solidez de sus valores, especialmente, el *de su entrega y reserva total para Dios.* A quien padece el síndrome, podemos decirle con M. Buber, que "su gran culpa no son los pecados que comete, la tentación es poderosa y su fuerza pequeña; su gran culpa es que en cada momento puede dar la vuelta pero no lo hace".

****José Luis Martínez, OSA****

CUESTIONES

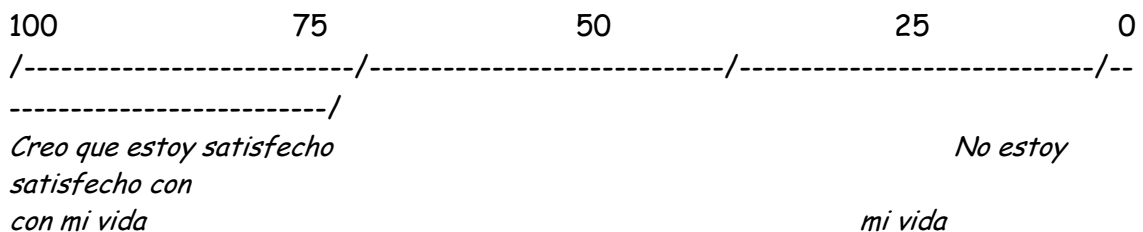
1. ¿Conozco religiosos que hayan padecido el síndrome del deslumbramiento? Puedes relatar un caso significativo al grupo.
2. En tu opinión, en el caso narrado, ¿qué aspectos influyeron más para que se diera la entrada y eventual mantenimiento del síndrome? ¿Qué

aspectos influyeron más para que se diese su superación, si esta ocurrió?

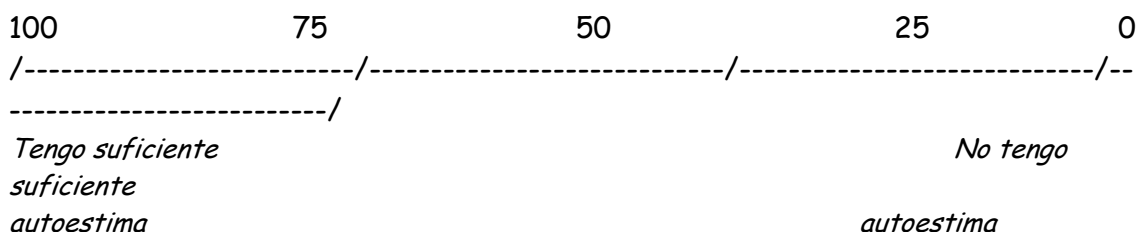
3. ¿Crees que todos hemos de pasar algún día por el síndrome del deslumbramiento o por otros procesos de fuerte implicación afectiva?
4. ¿Qué ayudas podemos ofrecer al formando o al religioso en una situación de deslumbramiento o de fuerte implicación afectiva?
5. ¿Cómo orientar en la formación teniendo en cuenta el desarrollo afectivo-sexual de cada formando? ¿Qué orientaciones se pueden dar? ¿Qué límites se pueden colocar? ¿Qué metas se pueden proponer?

ALGUNOS ASPECTOS FUNDAMENTALES DE LA FELICIDAD PERSONAL

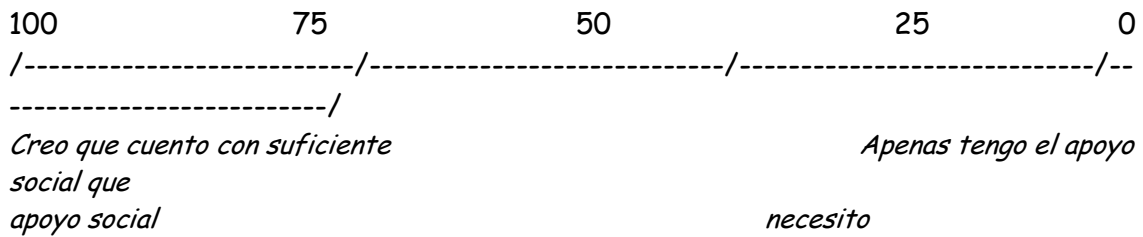
1. La persona feliz es, simplemente, una persona satisfecha. Casi siempre se siente en forma, contenta con la vida que lleva y el trabajo que realiza. También se siente bien con las pequeñas cosas.



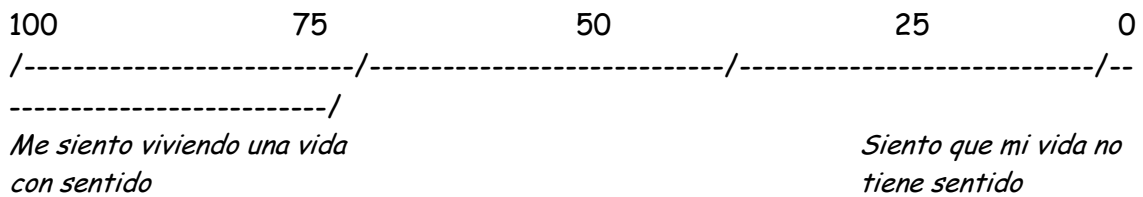
2. La persona feliz se quiere bien a si misma. No se siente inferior a las personas que la rodean, es consciente de que tiene cualidades valiosas, cree poseer "cosas" que le hacen sentirse orgullosa y, con frecuencia, se percibe a la altura de las circunstancias.



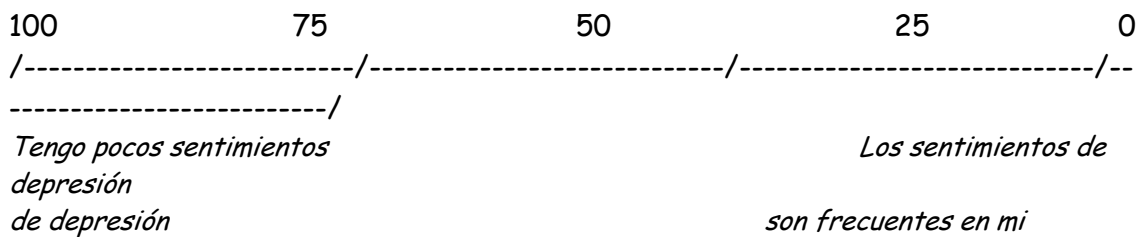
3. La persona feliz se encuentra cercada de personas que la apoyan, y para las que significa algo importante. Siente que puede contar con gente que la quiere bien y que no permiten que se sienta sola. Su propia familia y amigos nunca dejarían que llegase a hundirse.



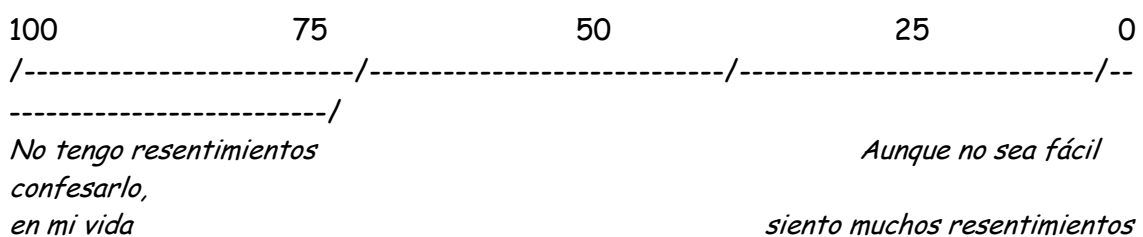
4. La persona feliz, normalmente, se encuentra integrada en algo más amplio que ella misma. Vive un cierto optimismo a respecto del hombre e, inclusive, de la sociedad. Cree que la vida tiene sentido aunque a veces no lo parezca.



5. La persona feliz difícilmente es tomada por sentimientos de depresión. Mira al futuro con alegría, difícilmente se aburre. Su estado de ánimo no se altera por cualquier contrariedad de la vida.



6. La persona feliz vive sin resentimientos. No mira con celos la felicidad de los otros. En realidad, mirando para atrás, no piensa que la vida le haya dado la espalda, ni se siente explotado por la vida. Pensando bien, reconoce que ha tenido suerte.



=====

Una señal en cada escala, le puede ofrecer un índice subjetivo, pero posiblemente real, de su estado de felicidad en el presente momento. Sería pedirle demasiado si intentase comunicar lo que concluyó a personas que le conocen y que podrían darle una opinión, basadas en la sensación que les produce su conducta diaria? Hay aspectos de su situación anímica real que solamente ellos conocen (ellos ven su rostro, sus gestos, sus

actitudes), y solamente ellos le pueden revelar.

C.A. - L.L.